

posances i judicis respecte del pròxim tenen per fonament i causa lo tindrer un meteix *reals* aquells mateixos defectes que suposa i diu, en-sense o amb lleuger fonament, dels altres. Aixó es una llei psicològica que's veu probada i confirmada amb l'experiencia de centenars de casos.

A. E.

LA EXPIACION

(BECHSTEIN)

Erase una vez un rey, dueño de muchos territorios y en los cuales se hablaban lenguas diferentes; enorgullecido por ello pensaba no había nadie en el mundo más poderoso. Una tarde estuvo a vísperas oyendo leer: «Deposuit potentes de sede et exaltavit humiles.» Como no entendía el latín preguntó a sabios que le rodeaban su significado. Se lo tradujeron así: «Dios abate a los poderosos y levanta a los humildes.» Con espanto lo escuchó y montando en cólera puso mandato de que estas palabras del Evangelio de San Lucas, a fin de que nadie las oyese, no se leyeran y quedasen además suprimidas de los libros sagrados. Delegados del rey llevaron la orden a todos los territorios y a todos los sacerdotes y a todos los conventos. Libro en que existiese este pasaje debía ser quemado. Y de esta manera aquellas palabras destruidas y exterminadas quedaron, y públicamente no eran leídas y cantadas en las iglesias.

Un día fué el rey a tomar baños, y como expiación por el atentado suprimiendo las palabras sagradas del Evangelio, envió Dios un ángel, el cual transformándose en la figura del rey hizo de manera que como rey fuese tamado por los demás y no reconociesen en calidad de tal al rey verdadero. Al salir éste del baño sentóse en un banco donde estaba ya el ángel. El bañero mandó levantar al rey y le exigió tomara asiento en otro lugar.

—¿Es que, bañero, has empujado demasiado el codo—le dijo el rey—cuando te atreves a hablarme tan ignominiosamente? Soy el rey, tu soberano.

—Quizá un loco—respondió el bañero.—Precisamente, mi señor, el rey se sienta en este mismo banco. ¿De dónde eres rey? ¿En dónde está tu imperio? Sin duda, en un manicomio.

—¡Malvado!—exclama el rey furioso, y tomando una vasija la tira a la cabeza del bañero.

Oyendo el personal de los baños el alboroto, acude presuroso y unge el rey no con perfumes sino a puñetazos, hasta que el ángel interviene como rey y lo arranca de las manos de los criados. Sale el ángel del cuarto de baño, y el servidor del rey, considerando como rey al ángel lo viste con las prendas reales de riquísimas telas y lo monta en lujoso corcel y con toda pompa lo conduce a palacio. El bañero y sus camaradas echan desnudo al rey de la casa de baños, y éste sin saber lo que le ha sucedido se encuentra a la puerta de la calle. Y el pueblo se agrupó en torno del rey, burlándose, y hasta su propia servidumbre, que ya no lo reconocía. Y desnudo como iba se marchó presuroso de allí, avergonzado, y la gente le seguía como si se tratara de un loco, yendo a parar a casa de su escanciadador y consejero muy querido.

Era el mediodía y el momento de comer, y el escanciadador procuraba digerir descansadamente en el acto de llamar al rey a la puerta y querer entrar. Preguntóle el portero quién era y qué deseaba, y aquel le contestó:

—Soy el rey.

—¡Eh, fuera!—exclama el portero—Nunca he visto rey tan infame. Nada tienes que hacer aquí.

El rey se puso a gritar y alborotar monstruosamente, y como el escanciadador lo oyese, preguntó la causa del escándalo. El portero le dijo:

—Hay afuera un hombre desnudo y necesitado, y dice ser tu señor y rey, y el pueblo le sigue y se burla del mismo.

—Déjale entrar—contestó muy compasivo el consejero y escanciadador—y entrégale lo más necesario para vestirse a fin de que cubra sus desnudeces.

Hecho de esta manera, entró el rey a casa del consejero y éste tampoco pudo reconocer a su señor, quien le dijo:

—Oh, amigo mío, tu puedes y debes reconocerme, aunque hoy se ha dado un admirable suceso, y por este motivo, estoy sin honores y sin riquezas. Piensa en las palabras que ayer a buena hora confiadamente procuramos decirnos, y como a vosotros, mis consejeros, os dí yo una orden que debíais cumplir, y me disuadisteis de la misma por indigna de un rey.

Y tales intimidades revelaba el rey al consejero, que éste empezó a sonreír, y le contestó:

—¡Realmente, dices verdad, pero el diablo debe habértelo susurrado al oído!

Y el rey replicó:

—Con esto me he merecido el castigo, caído sobre mí, pero el corazón me dice que yo soy el legal y verdadero rey.